

HIPOCRESÍA E INMIGRACIÓN

Hace unas semanas escribí un artículo de opinión, que vio la luz en este medio, en el que hacía una reflexión sobre la inmigración y la integración, a través del deporte, de algunos de los jóvenes acogidos en el Centro de Menores habilitado por el Gobierno canario en Agüimes. El aluvión de críticas e insultos vertidos por opiniones anónimas en los medios digitales fue significativo; me imagino que lo mismo pasará ahora. No me cabe la menor duda de que el mensaje xenófobo y racista de algunos partidos políticos -el más visible es el del PP- y algunos medios de comunicación, ha calado profundamente en un sector importante de nuestra sociedad.

Para Andreu Casero, profesor de Comunicación Audiovisual de la Universidad Jaume I, el fenómeno de la inmigración es una fuente diaria y llamativa de información. La tendencia de los medios de comunicación españoles es presentarla como un grave problema y se establece siempre en su tratamiento una clara distinción entre “nosotros”, los que estamos aquí y “ellos”, los que vienen.

Para la mayoría de los informadores, los inmigrantes “se multiplican”, “vienen en avalanchas” o “se extienden como una mancha de aceite”, cuando no “nos invaden”. Para el profesor Casero existe una tendencia brutal a la generalización negativa.

La utilización electoral de la inmigración por muchos partidos políticos es notoria. Algunos, como el PP, insisten una y otra vez en la criminalización de este fenómeno. Para que no quepan dudas, recuerden las últimas declaraciones de Rajoy acusando al Gobierno de pagar el subsidio de desempleo a los inmigrantes, en confrontación con la quiebra del empleo que se produce en estos momentos en nuestro país.

Todo esto no hace más que incidir en un creciente sentimiento de intolerancia y discriminación, que incluso ha llegado a presionar al ministro Corbacho, hasta el punto de llevarle a realizar recientemente unas duras declaraciones en torno al fenómeno del paro -después censuradas por la vicepresidenta Fernández de la Vega- intentando contentar a un sector de la población que las encuestas consideran cada vez más amplio.

Así se suceden, día tras día, opiniones y manifestaciones públicas que señalan a la inmigración como la causante del gasto público del Estado; de las largas listas de espera y de la masificación y colapso de las urgencias. Lo mismo sucede si hablamos de delincuencia e inseguridad o si faltan plazas escolares en algunos centros... Todos los males de nuestra sociedad son para algunos, desde la ignorancia o desde la utilización perversa, efectos negativos de la inmigración.

Pero esto no siempre es así. Para los más racistas y xenófobos, para muchos medios de comunicación, para algunos partidos políticos, todo cambia si se trata de inmigrantes olímpicos, campeones y ganadores de medallas.

No he visto a nadie protestar porque entre nuestros olímpicos de Pekín se encontraran diecisiete deportistas de distintos orígenes extranjeros. No he escuchado a nadie cuestionar a la nigeriana Josephine Onya, los cubanos Luis Felipe Méliz y Frank Casañas, el ecuatoriano Jackson Quiñónez o el etíope Alemen Bezabeh, etc., todos ellos integrantes del equipo español en el que trabajan cada día por conseguir triunfos para España.

Y lo mismo ha sucedido con nuestros paralímpicos. No he escuchado a nadie cuestionar la españolidad y la capacidad de sacrificio para defender los colores de España, a pesar de su origen extranjero e inmigrante, de deportistas como la guineana Eva Ngui Nchama, el marroquí Abderaman Ait Khamouch, que logró el segundo puesto y medalla de plata en los 1.500 metros seis años después de que entrara en este país en una patera huyendo de la miseria o el canario-saharai, Enhamed Mohamed Yhadin, que consiguió cuatro medallas de oro y fue designado como abanderado nacional para el desfile de la clausura de los Juegos Paralímpicos, llenando primeras páginas y titulares pletóricos de orgullo patriota.

Para los partidos políticos y los medios de comunicación, estos chicos eran, con gran entusiasmo y emoción, catalanes o canarios defendiendo los colores de España. Sin dudas y sin cuestionamientos. Lo que no sucede con los que limpian los retretes, una tarea que nosotros rechazamos; o con los que trabajan en los invernaderos, un oficio que nosotros despreciamos, o con aquellos que cuidan a nuestros mayores para liberarnos, o con aquellas que llenan el 95% de nuestros burdeles para satisfacción de muchos “machitos” españoles que utilizan sus servicios sin escrúpulos y a plena satisfacción.

Pura hipocresía, como la que parece desprenderse de unas manifestaciones recientes de Sarkozy entonando un “mea culpa” sobre la situación de miseria, pobreza y hambre en África. Pura hipocresía.

Antonio Morales Méndez
Alcalde de Agüimes